

Fragmentos de Julio Cortázar

Cortázar poeta

Encargo

No me des tregua, no me perdones nunca,
Hostígame en la sangre, que cada cosa cruel sea tú que vuelves
¡No me dejes dormir, no me des paz!
Entonces ganaré mi reino,
naceré lentamente.
No me pierdas como una música fácil, no seas caricia ni guante;
tállame como un sílex, desespérame.
Guarda tu amor humano, tu sonrisa, tu pelo. Dalos.
Ven a mí con tu cólera seca de fósforo y escamas.
Grita. Vomítame arena en la boca, rómpeme las fauces.
No me importa ignorarte en pleno día,
saber que juegas cara al sol y al hombre.
Compártelo.
Yo te pido la cruel ceremonia del tajo,
lo que nadie te pide; las espinas
hasta el hueso. Arráncame esta cara infame,
oblígame a gritar al fin mi verdadero nombre.

París, 1951/1952

CORTÁZAR, Julio. *Algunos pameos y otros prosemas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1998.

Cortázar narrador

Viajes

Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos, y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos. Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir se dicen unos a otros: “La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad.” Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios.

CORTÁZAR, Julio. *Cuentos completos/1. Historias de Cronopios y famas*. Madrid: Santiago de Chile: Montevideo: La Paz: Asunción: Lima: Alfaguara, 1998.

Cortázar crítico

El horror es infinitamente más grande en *1984* porque su límite no está en sí mismo, en la progresión del mal, sino en la inversión de la esperanza, el descubrimiento de que es también una de las fuerzas del mal. Lo que en un famoso relato de Villiers de L'Isle Adam se condensa en una inversión final y fulminante (*La tortura por la esperanza*), en el de Orwell se da en una serie de desgarramientos; la esperanza no es posible pero sin embargo está ahí, y la comprobación de su imposibilidad es cada vez la ocasión del desgarramiento. El fondo del horror está en una escena final nada horrible en sí misma, el breve reencuentro de Winston y Julia, cuando los dos saben que se han traicionado mutuamente y sólo buscan separarse, olvidarse, seguir traicionándose allí donde en lo más hondo de sí mismos había latido la esperanza.

CORTÁZAR, Julio. *Nicaragua tan violentamente dulce*. Buenos Aires: Muchnik Editores, 1984.

Cortázar y la narrativa fantástica

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

CORTÁZAR, Julio. *Cuentos completos/1. Final del juego*. Madrid: Santiago de Chile: Montevideo: La Paz: Lima: Alfaguara, 1998.

Cortázar, los intelectuales y la política

...hay un joven iracundo que ha saltado de su silla para gritar que precisamente por eso nuestro deber está en escribir “accesiblemente”, en hacer libros que puedan ser leídos por la masa; en otros términos, el viejo malentendido de la confusión entre didáctica y literatura. O bien la variante usual: aunque se escriba “difícil”, hay que hacerlo con contenido revolucionario, que pueda ser captado por los lectores para contribuir a alentarlos en la convicción y en la acción. A lo primero, un verdadero escritor revolucionario responderá que no acepta ese paternalismo con relación a las masas de lectores, y que basta examinar las tiradas y los resultados culturales de cualquier buen plan de ediciones populares (los programas culturales de Cuba por ejemplo, o los “pocket-books” de los países capitalistas) para darse cuenta de que el paso cultural de lo fácil a lo difícil puede hacerse mucho más rápidamente de lo que se piensa y que la masa no necesita que la traten como a escolares de los grados primarios. En Cuba, las tiradas de libros particularmente difíciles son de una elocuencia definitiva a ese respecto; y ya es tiempo de que nuestro joven iracundo aprenda que la gente no sólo lee literatura para aprender sino para gozar, que lee literatura de la misma manera que baila o hace el amor, y que en el fondo la literatura es una de las formas del erotismo en el altísimo sentido en que lo entendían Platón o Dante.

CORTÁZAR, Julio. *Viaje alrededor de una mesa*. Buenos Aires: Rayuela, 1970.

Cortázar y los argentinos

Usted se reirá, pero es uno de los problemas argentinos más difíciles de resolver. Dado nuestro carácter (problema central que dejamos por esta vez a los sociólogos) el encabezamiento de las cartas plantea dificultades hasta ahora insuperables. Concretamente, cuando un escritor tiene que escribirle a un colega de quien no es amigo personal, y ha de combinar la cortesía con la verdad, ahí empieza el crujir de plumas. Usted es novelista y tiene que escribirle a otro novelista; usted es poeta, e ídem; usted es cuentista. Toma una hermosa hoja de papel, y pone: "Señor Oscar Frumento, Garabato 1787, Buenos Aires." Deja un buen espacio (las cartas ventiladas son las más elegantes) y se dispone a empezar. No tiene ninguna confianza con Frumento; no es amigo de Frumento; él es novelista y usted también; en realidad usted es mejor novelista que él, pero no cabe duda de que él piensa lo contrario. A un señor que es un colega pero no un amigo no se le puede decir: "Querido Frumento." No se le puede decir por la sencilla razón de que usted no lo quiere a Frumento. Ponerle querido es casi lascivo, en todo caso una mentira que Frumento recibirá con una sonrisa tetánica. La gran solución argentina parece ser, en esos casos, escribir: "Estimado Frumento." Es más distante, más objetivo, prueba un sentimiento cordial y un reconocimiento de valores. Pero si usted le escribe a Frumento para anunciarle que por paquete postal le envía su último libro, y en el libro ha puesto una dedicatoria en la que se habla de admiración (es de lo que más se habla en las dedicatorias), ¿cómo lo va a tratar de estimado en la carta? Estimado es un término que rezuma indiferencia, oficina, balance anual, desalojo, ruptura de relaciones, cuenta del gas, cuota del sastre. Usted piensa desesperadamente en una alternativa y no la encuentra; en la Argentina somos queridos o estimados y sanseacabó. Hubo una época (yo era joven y usaba rancho de paja) en que muchas cartas empezaban directamente después del lugar y la fecha; el otro día encontré una, muy amarillita la pobre, y me pareció un monstruo, una abominación. ¿Cómo le vamos a escribir a Frumento sin identificarlo (Frumento) y luego calificarlo (querido/estimado)? Se comprende que el sistema de mensaje directo haya caído en desuso o quede reservado únicamente para esas cartas que empiezan: "Un canalla como usted, etc.", o "Le doy 3 días para abonar el alquiler", cosas así. Más se piensa, menos se ve la posibilidad de una tercera posición entre querido y estimado; de algo hay que tratarlo a Frumento, y lo primero es mucho y lo segundo frigidairé.

Variantes como "apreciado" y "distinguido" quedan descartadas por tilingas y cursis. Si uno lo llama "maestro" a Frumento, es capaz de creer que le está tomando el pelo. Por más vueltas que le demos, se vuelve a caer en querido o estimado. Che, ¿no se podría inventar otra cosa? Los argentinos

necesitamos que nos desalmidonen un poco, que nos enseñen a escribir con naturalidad: “Pibe Frumento, gracias por tu último libro”, o con afecto: “Ñato, qué novela te mandaste”, o con distancia pero sinceramente: “Hermano, con las oportunidades que había en la fruticultura”, entradas en materia que concilien la veracidad con la llaneza. Pero será difícil, porque todos nosotros somos o estimados o queridos, y así nos va.

CORTÁZAR, Julio. “Grave problema argentino: Querido amigo, estimado, o el nombre a secas”. *La vuelta al día en ochenta mundos*. 7. ed. México, DF: Siglo XXI Editores, 1986, p. 29.